

Turismo y gestión cultural en las Islas Canarias: apuntes para una reflexión

Beatriz Martín de la Rosa †

Resumen: Las Islas Canarias constituyen un claro ejemplo de región que debe su nivel de desarrollo a la actividad turística. La andadura turística se inicia en la década de los sesenta, vinculada al modelo turístico de la época, el turismo de masas asociado a sol y playa (materias primas abundantes). Desde entonces hasta ahora han transcurrido bastantes cambios. En la actualidad intenta complementar su oferta turística ofreciendo turismo rural (por utilizar un nombre genérico) y también, aunque menos desarrollado, turismo cultural. Plantear algunas reflexiones sobre el turismo cultural en Canarias, en especial las dificultades derivadas de su gestión, es el objetivo de este artículo.

Palabras clave: Islas Canarias; Turismo cultural; Gestión

Abstract: Canary Islands are an example of developed region and clerk of the tourism, from the sixty (tourism of sun and beach). From then on until the present time they have happened enough changes. At the moment it is tried to supplement their offer with the rural tourism and the cultural tourism. To outline some reflections about the cultural tourism, especially the difficulties of their management, it is the objective of this article.

Keywords: Canary Islands; Cultural tourism; Management

† Licenciada en Filosofía por la Universidad de La Laguna, desarrolla su tesis doctoral desde la perspectiva de la antropología social sobre la relaciones existentes entre turismo y desarrollo sostenible en la isla de El Hierro (Islas Canarias). E-mail: bmarsa@ull.es

Hablar de gestión cultural en una comunidad como Canarias que recibe en torno a 12 millones de turistas al año, exige una reflexión sobre la relación entre turistas y cultura. El desarrollo turístico en Canarias se inicia en la década de los sesenta con las islas capitalinas como innovadoras. Por esas fechas el modelo de desarrollo turístico era el “turismo de masas”, grandes infraestructuras turísticas en la orilla de las playas y sol abundante, eran los ingredientes del paquete básico. En la actualidad transcurridos más de cuarenta años de desarrollo turístico¹ es tal vez hora de hacer balance, tomar conciencia de lo que tenemos, y sobre todo planificar qué queremos para el futuro.

La actividad turística no es por sí misma, ni buena ni mala. Tradicionalmente los acercamientos teóricos al fenómeno turístico, al menos desde las ciencias sociales, se han movido entre la *conceptualización optimista* (años 60), en la que se consideraba que el turismo era la “industria” salvadora que generaría el empleo y las divisas necesarias para impulsar las deprimidas economías de los países receptores. Garantía de un camino directo hacia el desarrollo². En la década siguiente (años 70) bajo la denominada *conceptualización pesimista* el turismo se convierte en todo lo contrario. Es analizado como una nueva forma de colonialismo que perpetúa e incluso agrava las diferencias económicas. Coincidiendo con los planteamientos de la obra clásica de Wallerstein, I. (1974), *The modern World System*, el turismo representa una nueva forma de explotación de los países más pobres por parte de los países más ricos, es por tanto una nueva forma de neocolonialismo – la cara hedonista del colonialismo (Crick, M. 1992)- que perpetúa las relaciones de dependencia con el país “metropolitano” y subordina las necesidades económicas y sociales de los destinos a favor de sus propios intereses económicos, y a su vez refuerza la estructura social de las periferias dependientes de capital, tecnología y por supuesto turistas.

No obstante ninguna de estas aproximaciones reflejan la heterogeneidad y complejidad del turismo. De esta forma, a medida que avanza el desarrollo del turismo, y sus características y consecuencias (tanto posi-

tivas como negativas) se hacen más evidentes, las aportaciones teóricas se esfuerzan por comprender tales dimensiones. Surgen de esta forma en la década de los ochenta dos nuevos grupos de aproximación (Jafari, 1994:13 y ss.): la *plataforma de adaptación*, que nutriéndose de las perspectivas anteriores busca alternativas de desarrollo turístico basadas en las necesidades y entornos de los residentes, y la *plataforma basada en el conocimiento*, que plantea la necesidad de un abordar los estudios del turismo desde un enfoque multidisciplinar, aunando perspectivas teóricas, técnicas de investigación que posibiliten la definición conceptual del turismo.

Los estudios realizados desde la plataforma basada en el conocimiento señalan la necesidad de establecer una definición holista del turismo, que permita acercamientos globales y no estudios basados en el análisis de parcialidades. Es necesaria una base común que posibilite conectar elementos concretos, por ejemplo analizar la relación que existe entre los cambios en la demanda turística y los cambios en las imágenes turísticas de los destinos, y como a su vez esto puede ocasionar consecuencias, crisis en los destinos concretos que no se adaptan a los nuevos tiempos.

Con esta aproximación teórica a los intentos por definir, estudiar, analizar, en definitiva comprender el turismo, nuestra única intención es reflejar que nos encontramos ante una actividad compleja, que no puede ser considerada como la solución a todos los problemas, pero tampoco como un demonio de mil cabezas.

El turismo, como cualquier otra actividad (minería, industria, finanzas...) genera cambios, consecuencias, transforma a las comunidades que se convierten en receptoras. Las transforma económicamente, políticamente, ambientalmente y por supuesto social y culturalmente (los grandes olvidados, pero no por ellos los menos importantes). Ahora bien, ¿son todos esos impactos negativos o positivos? Pues depende, y en una región como Canarias la respuesta también es que depende.

El nivel de desarrollo alcanzado en la región se debe fundamentalmente al turismo³. Ahora bien, tampoco pueden negarse las consecuencias negativas que ha impli-

cado apostar por el desarrollo turístico en nuestras islas, y en especial por un desarrollo turístico realizado sin ningún tipo de planificación en el que han primado los beneficios a corto plazo por encima de cualesquiera otras consideraciones.

En la actualidad no se puede retroceder en el tiempo y la maquinaria turística no puede ser sustituida por otra. Canarias, las instituciones políticas, públicas, los órganos de poder, y la población en general, tienen que ser conscientes de la actual situación del turismo en las islas y plantearse seriamente las medidas para el futuro⁴.

Teniendo en cuenta esta situación por qué hablar de turismo cultural en Canarias. Evidentemente por razones personales, (por formación académica) y también porque resulta evidente que la cultura, los elementos culturales son un atractivo básico en cualquier destino turístico.

Atractivo que se convierte en el eje central para un número cada vez mayor de turistas que reclaman y demandan unas vacaciones en regiones que respeten su entorno natural y cultural. El “turismo alternativo”, “las nuevas formas de turismo” que podemos definir como “formas de turismo que son consecuentes con los valores naturales, sociales, y comunitarios, que permiten disfrutar positivamente tanto a anfitriones como a invitados y hacen que merezca la pena compartir experiencias” (Smith y Eadington, 1994:3), acaparan cada vez un mayor número de practicantes de “ecoturismo”, “agroturismo”, “turismo rural” y por supuesto “turismo cultural”.

En una región como Canarias estas nuevas formas de turismo no pueden ser vistas como alternativas al turismo digamos de “masas”, que sigue siendo el dominante. Pero sin embargo, si pueden constituir un importante elemento a la hora de diversificar nuestra oferta turística. Máxime si tenemos en cuenta que en la actualidad los turistas no se centran tanto en la elección de un destino concreto, sino en un producto concreto de ese destino (por ejemplo el producto *Tenerife Resort* que engloba una oferta de calidad). Otros posibles productos que diversifiquen la oferta pueden ser los basados en el turismo rural⁵ o la apuesta por un producto centrado en elementos culturales.

Turismo y cultura son dos términos que con bastante frecuencia aparecen unidos. Si nos remontamos a los grandes viajes realizados por los aristócratas del norte de Europa a los países del Mediterráneo, en especial Italia, la cultura ya aparecía como la principal motivación para el viaje. Pero los tiempos han cambiado, los viajes, en general, no son un privilegio de las clases más adineradas, y la formación o enriquecimiento ha quedado arrinconada en pro del ocio y la diversión. Con esta nueva dimensión del turismo, la cultura aparece de otra manera, con otras implicaciones.

Los tiempos cambian y las preferencias y gustos de “los turistas” también. En la actualidad la demanda de otro tipo de turismo diferente al paquete, más o menos convencional, del turismo de masas, va en aumento. Los turistas demandan otras formas de disfrutar de su tiempo de ocio: entornos naturales conservados y autenticidad cultural frente a una comercialización cultural abusiva, descontextualizada y estereotipada.

Un nuevo producto turístico, el turismo cultural ha aparecido en el complejo sistema turístico y muchos destinos sufren procesos de adaptación para poder satisfacer esa nueva demanda, y diversificar su producto turístico, como es el caso de Canarias⁶.

La cultura⁷ vista en este contexto (turismo cultural) se ha identificado prácticamente con el patrimonio. Ahora bien, el concepto de patrimonio ha sufrido un importante proceso de transformación. En 1972 la UNESCO en la Convención sobre la Protección del Patrimonio Cultural y Natural, se refería al patrimonio como monumentos, grupos de edificios y lugares. En 1998 la misma institución, en la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo se plantea la necesidad de renovar la definición tradicional de patrimonio, el cual hoy tiene que ser entendido como todos los elementos naturales y culturales, tangibles e intangibles que son heredados o creados recientemente. Mediante estos elementos, grupos sociales reconocen su identidad y se someten a pasarla a las generaciones futuras de una manera mejor y enriquecida (Ibarra, 2001: 16).

De esta forma el patrimonio no sólo está configurado por los edificios, los monumentos, las obras artísticas, sino que otros elementos de la cultura “tradicional”: fiestas, tradiciones, procesos productivos, creencias religiosas, gastronomía, formas lingüísticas, también son elementos patrimoniales. Proliferan, por tanto, conceptos como patrimonio etnográfico, patrimonio cultural, patrimonio artístico, patrimonio lingüístico... que en definitiva enredan el ya complicado panorama del patrimonio.

Ahora bien, el patrimonio con el adjetivo añadido que queramos, es una construcción social, (Prats, 1997). Los elementos patrimoniales, por ejemplo una casa del siglo XVII, para que sea reconocida como patrimonio, necesita ser legitimada como un elemento significativo de nuestro pasado, representativo de nuestra identidad, única en su estilo... En este proceso actúan diferentes agentes: políticos, estudiosos del patrimonio, diferentes sectores de la sociedad, medios de comunicación... Es decir, que el hecho de que determinados elementos se conviertan en patrimonio, es un proceso social, de selección, en el que unos elementos se consideran como más representativos de una cultura en detrimento de otros. Esos otros, tal vez, transcurrido un periodo de tiempo sean considerados y legitimados como patrimonio. En ese proceso de construcción Prats considera que los elementos patrimoniales son activados, convertidos en símbolos, en referentes simbólicos, emocionalmente efectivos de una determinada identidad cultural⁸.

Trabajar con el patrimonio, tanto en su conservación, en su uso político, o bien en su puesta como atractivo turístico, supone siempre un proceso en el complejo mundo de las identidades culturales. Políticamente el patrimonio puede ser manipulado para reforzar o incluso crear una identidad cultural concreta, aún a una postura ideológica concreta.

En el ámbito turístico la puesta en escena de los elementos patrimoniales como atractivos turísticos es un complejo proceso, no exento de problemas y consecuencias.

El turismo necesita el patrimonio, ya que como hemos visto el número de turistas que cada vez se decantan por una forma de turismo respetuosa con las culturas dife-

rentes, es cada vez mayor. Y por otro lado el patrimonio necesita el turismo, en el sentido de rentabilidad económica, generador de empleo, y de ingresos que disminuyan el aporte económico y la dependencia de las instituciones públicas. Para conseguir un cierto equilibrio en el puesta y uso turístico del patrimonio es necesario un conocimiento exhaustivo del elemento patrimonial en concreto, del entorno en el que se encuentra, conocer el turismo que existe en la zona o en zonas cercanas, los posibles turistas potenciales, no se trata únicamente de hacer museos, rutas, o cualquier otro producto turístico, sin un estudio previo, y sin una correcta planificación. La consecuencia de realizar este tipo de actividades sin ningún tipo de planificación, pueden ser muy diversas, interpretaciones del patrimonio que no se adecuan a la verdadera dimensión del elemento patrimonial, museos que no reciben un número de visitantes mínimo... etc.

El patrimonio es un instrumento integral de planificación local. Una adecuada gestión del patrimonio a través de su utilización como recurso turístico, es fundamental en cualquier estrategia de desarrollo sostenible. Una gestión adecuada debe conseguir que la puesta en escena del patrimonio para el disfrute turístico no signifique una descontextualización de los elementos culturales, una excesiva comercialización de la cultura, una caricatura estereotipada de las personas partícipes de esa cultura. Pero a su vez una adecuada gestión del patrimonio, no implica necesariamente una actitud excesivamente conservadora, hasta el punto de que las culturas parecen elementos estáticos ancladas en un pasado idílico. Es decir, “la cultura, las culturas, la diversidad cultural es cambiante y este es un hecho inevitable, no se puede obligar a nadie a vivir como sus antepasados en nombre de la conservación del patrimonio cultural” (García, 1992).

Una de las claves básicas en la gestión del patrimonio son los procesos de interpretación⁹ del patrimonio. La interpretación “facilita la presentación y el uso social del patrimonio, y permite ofrecer diferentes lecturas y opciones para un uso activo del patrimonio empleando para ello toda clase de recursos y dispositivos de presentación y animación” (Ballart y Tresserras, 2001:

174). Se trata de un proceso de traducción que convierte en accesible, amena... la información, conocimiento que implica el bien patrimonial. Pero no se trata de un proceso sencillo, y para su correcta aplicación es preciso responderse algunas preguntas: ¿Qué interpretamos? ¿Quién interpreta? ¿Para quién se hace la interpretación? ¿Con qué nivel y que utilización se va a hacer de los resultados de la interpretación? ¿Cuál es el contexto de la interpretación?... (Ballart y Tresserras, 2001: 177). La interpretación del patrimonio es básica para la puesta en funcionamiento de un museo, un centro de interpretación, una ruta temática o cualquier otra forma de puesta en escena del patrimonio que podamos imaginar.

En definitiva que nos encontramos ante un recurso, el patrimonio, difícil de gestionar, no sólo para su puesta en el mercado turístico, sino también como medio de identificación (en el sentido de identidad) socio-cultural. La dificultad en su gestión se deriva básicamente, de ese carácter de identidad cultural de patrimonio. Gestión del patrimonio que actualmente está generando debate y planteando problemas tanto, a los que se encargan de su estudio, como a las personas que “lo sienten como propio”.

Bibliografía

- Ballart, J. y Tresserras, J.
2001 *Gestión del patrimonio cultural*.
Barcelona: Ariel.
- Crick, M.
1996 (1989) “Representations of International Tourism in the Social Sciences. Sun, Sex, Sights, and savings of servility”. En Apostolopoulos, Y.; Leivadi, S. y Yiannakis, A. (Eds.), *The sociology of Tourism* (pp. 15-50). London: Routledge,.
- Galván Tudela, J.A.
1997 *La Identidad Herreña*. La Laguna (Tenerife): Centro de la Cultura Popular Canaria.
- García, J.L.
1992 *Sobre el patrimonio cultural*. Inédito.
- Ibarra, J.
2001 “Análisis de la oferta de turismo cultural en España”. *Estudios Turísticos*, 150:15-40.

- Jafari, J.
1987 “Modelos de turismo: Los aspectos socioculturales”. *VI Congreso Iberoamericano de Antropología*. Las Palmas de Gran Canaria: (mimeografiado).
- Prats, L.
1997 *Antropología y Patrimonio*, Barcelona: Ariel.
- Smith, V. y Eadintong, W.
1994 *Tourism alternatives*, Chichester: John Wiley&Sons.

NOTAS

¹ El desarrollo turístico se inicia en las islas de Gran Canaria y Tenerife, posteriormente se suman Lanzarote y Fuerteventura, que en la actualidad son las que mayor crecimiento están experimentando, y por últimas islas como La Gomera, La Palma y El Hierro, se incorporan al mercado con la intención de desarrollar mayoritariamente un modelo turístico diferente, basado en la sostenibilidad, integrado, y fundamentado en otro tipo de turistas que demanda otro tipo de actividades, respecto al entorno y al medio ambiente... al menos en teoría.

² Por supuesto en esas fechas no entendido como desarrollo sostenible sino que casi en exclusividad como crecimiento económico. tal y como se refleja en un texto clásico de Rostow, W. (1960), *The stages of the Economic Growth: a non-communist manifesto*.

³ Desarrollo en términos estrictamente económicos, pero también desarrollo en otros parámetros relacionadas con el concepto de “calidad de vida”, sanidad, educación, niveles de contaminación, etc. De todas formas discutir sobre el concepto de desarrollo y si el turismo ha generado desarrollo en Canarias podría ser tema para varios volúmenes.

⁴ Evidentemente existe una “preocupación” por ordenar el desarrollo turístico en las islas como se refleja a través de la “Moratoria Turística”, las “Directrices de Ordenación General y del Turismo” y las “Medidas de ordenación territorial de la actividad turística en las islas de El Hierro, La Palma y La Gomera, otra cosa es que las medidas se cumplan o sean realmente efectivas. Por ejemplo con respecto a las medidas para las islas de La Gomera, La Palma y El Hierro, han aparecido voces en contra, que consideran que supone abrir a la especulación los entornos rurales. La polémica está servida, los conflictos de intereses salpican todos los días la prensa y por supuesto la actividad turística necesita cambios y control.

⁵ La oferta de turismo rural se ha centrado en exclusividad en proporcionar alojamiento en entornos rurales, pero no se ha articulado una oferta com-

plementaria que posibilite interactividad entre los turistas y los habitantes del entorno rural, a través de los elementos culturales propios de los entornos. Sólo se disfruta del espacio rural en sentido físico a través de las casas, pero la cultura local no aparece como constituyente de esa oferta. No se genera realmente empleo en el entorno rural, máxime si tenemos en cuenta que un alto porcentaje de las personas que restauran y explotan las casas rurales no son en realidad habitantes del entorno rural, que en líneas generales venden las casas, las tierras y se van.

⁶ Sin embargo las grandes ciudades, Roma, París, Londres, Barcelona, o centros arqueológicos como Egipto, Grecia, Perú, siempre han estado asociadas a este tipo de turismo.

⁷ Podríamos desarrollar un amplio debate antropológico sobre el concepto de cultura que nos llevaría desde la definición clásica de Tylor (1871) “la cultura como un todo complejo que incluye, el conocimiento, las creencias, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad”, hasta los acercamientos más actuales planteados por autores postmodernos, que influidos por el desarrollo de la semiótica, la crítica a la modernidad, la apuesta por la “deconstrucción” como método de conocimiento, por la crítica a la ciencia occidental plantean este concepto de cultura “ se trata de un concepto esencialmente semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación, que el mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por tanto no una ciencia experimental en busca de leyes sino una ciencia interpretativa en busca de significados” (Geertz, 1995: 20). Todo esto pasando por planteamientos tan diversos de lo que es la cultura como el difusionismo (finales del siglo XIX principios del XX), el particularismo histórico con Boas a la cabeza, el funcionalismo británico con las obras de Malinowsky, el estructuralismo francés con los aportes de Levi- Strauss, o la ecología sistémica, por citar sólo algunas de las escuelas más representativas.

⁸ Por ejemplo el fervor manifiesto en fiestas como La Rama de Agaete, Los Corazones de Tejina, La Bajada de la Virgen de los Reyes... y un largo etc.

⁹ En sus orígenes la interpretación se aplicó a aspectos medioambientales, a espacios naturales, pero rápidamente el concepto se extendió al patrimonio.